



Reencuentro
en las pistas

BEGOÑA F. BAÍLEZ

Reencuentro
en las **Pistas**

BEGOÑA F. BAÍLEZ

EDICIONES KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, septiembre 2023
IMPRESO EN ESPAÑA
ISBN: 978-84-19939-02-9
Depósito Legal: CS 659-2023
© del texto, Begoña F. Baílez
© de la ilustración de cubierta, Junho Kim
Corrección, Paola C. Álvarez

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

Sebastián sale de la cama sin hacer ruido. No quiere despertar a Manuel después de la noche que ha debido darle. Intenta hacer memoria para descubrir dónde dejó el móvil antes de que todo se convirtiera en una locura y perdiera el control sobre sí mismo y sus emociones. Busca sus pantalones a tientas y palpa hasta que sus dedos se cierran sobre el teléfono, y sale de la habitación.

No enciende ninguna luz, no lo necesita; se acerca a la puerta acristalada que da acceso a la terraza y se sienta sobre la mesa para que la barandilla no le impida la vista de Barcelona a sus pies. No sabe qué hace ahí, pero necesita aire puro y frío con el que llenarse los pulmones después de horas sin apenas poder respirar por la presión en el pecho, que lo ha vuelto loco.

No se ha permitido pensar en lo que ha pasado, el dolor lo ha dejado paralizado, pero ahora se siente más fuerte y repasa los acontecimientos de las últimas horas. Nicolás se ha ido sin despedirse, ha recogido sus cosas y se ha largado sin mirar atrás. Lo ha dejado.

El hombre del que está enamorado, el que quiere, con el que tenía la esperanza de poder superarlo todo y tener un futuro en cuanto se retirara, lo ha dejado. Sin explicación. Sin despedida.

Simplemente se ha ido.

¿Tan equivocado ha estado durante ese tiempo? ¿Tan ciego para no ver las señales que indicaban que Nicolás estaba llegando a su límite y su relación se iba a ir a la mierda en breve? Sebastián es consciente de que tuvieron un par de peleas por su incapacidad para sentirse cómodo en público, pero pensó que lo habían superado, que lo habían hablado y arreglado la situación.

Si las cosas no se hubieran torcido de esa manera, en esos momentos deberían estar follando como conejos antes de hacer el equipaje para irse de vacaciones los dos juntos. Iban a ser las primeras después del desastre que supuso el intento del año anterior y las escapadas a la casa de sus padres en el interior.

¿Fue ese el principio del fin para ellos? ¿Habría cambiado algo si no la hubiera cagado en esa ocasión? Se pasa la mano por el pelo y resopla, frustrado. No tiene sentido hacerse esas preguntas. Nicolás se ha ido y lo que hizo o no hizo en el pasado ya no tiene remedio. Manuel le preguntó horas antes si no iba a hacer algo para intentar arreglarlo, que no debería darse por vencido si sigue enamorado de él.

Le ha costado que entendiera que no iba a hacerlo precisamente porque estaba enamorado de él. Y que Nicolás, sabiendo que se mantendría al margen, lo ha usado para largarse sin problema.

Quiere a Nicolás, lo ama tanto que prefiere que sea feliz con otro hombre a retenerlo a su lado cuando no puede darle más que citas secretas, silencio y negación. Nadie se merece vivir así si tiene la oportunidad de ser libre. Aprovechó cada segundo que estuvo con Nicolás, pero no va a alargar su relación, por mucho que le duela, si así el hombre que adora tiene una oportunidad de encontrar el amor con otra persona.

Cierra los ojos y toma aire. Sabe que no va a dormir, así que desbloquea la pantalla del móvil y comienza a mirar las aplicaciones. En Instagram revisa todas las *stories* de sus seguidos y se le escapa una sonrisa cuando llega a las de Will Dragic.

Sebastián conoció a Will en una fiesta después de Indian Wells; por aquel entonces, él estaba abriéndose camino entre los mejores del circuito y Will había participado en una serie como recurrente. Años después, su amigo consiguió algún papel secundario en series de éxito, pero sigue tan en el armario como Sebastián.

Y, siempre que hablan o se comentan alguna publicación en redes sociales, Will lo invita a pasar tiempo en su casa de Los Ángeles. Puede que haya llegado el momento de aceptar la invitación con todo lo que ello conlleva.

Le manda un mensaje a Will, que responde inmediatamente y le pregunta si tiene planes para la próxima semana. Cuando una hora después vuelve a bloquear el móvil, tiene unos billetes para Los Ángeles y un listado de fiestas con muchos hombres a las que Will piensa llevarlo para que se olvide del novio con el que ha cortado.

Cuando Manuel se despierta un par de horas después a causa del olor a café, Sebastián ya ha decidido qué va a meter en la maleta y ha bloqueado a Nicolás en WhatsApp, aunque no lo ha hecho en las redes sociales públicas. Ya ha pensado qué decir si le preguntan por Nicolás y también cómo actuar para mantener esa mentira si algún día coinciden.

—¿Estás seguro de que largarte a Los Ángeles es una buena idea?

—No pienso quedarme aquí dándole vueltas a la situación, Manu. Necesito desconectar antes de empezar la temporada.

—Los dos sabemos que las cosas no van a ser tan fáciles, Sebas. Estás loco por Nico.

—Un clavo saca otro clavo, Manu. Y yo me voy a una ferretería.

—Si crees que eso te va a venir bien, estoy contigo. Si cambias de opinión, también te apoyaré.

—Gracias, Manu.

—Lo importante es que tú estés bien, Sebas.

—No voy a estar bien en mucho tiempo. La cuestión es no estar tan mal o, al menos, aprender a vivir con ello.

Manuel se acerca y lleva su mano a la nuca de Sebastián antes de acercarse, ponerse de puntillas y apoyar la frente en la suya. Su mejor amigo acaricia su cabeza con suavidad, intentando calmarlo y darle su apoyo.

—Vas a estar bien, Sebas. Te conozco para saber que eres un hombre fuerte y que sabrás sobreponerte a esto, por mucho que ahora te duela. Haz lo que tengas que hacer para sanarte, pero no hagas locuras. No te arrepientas más tarde de lo que vayas a hacer en Los Ángeles. Cuídate.

—No voy a hacer una locura. Estaría loco si me descuidara ahora, precisamente después de que mi relación se haya ido a la mierda precisamente por seguir en el armario.

—No hablo solo de eso, Sebas. Ten cuidado. No te dejes llevar por el dolor o la venganza.

—Esto lo hago por mí, no por él. —Siente un par de palmadas en la nuca y lo nota aserir contra su frente.

—Si lo tienes claro, por mí, todo perfecto.

Ha conseguido mantener a Nicolás lejos de su mente durante esos días, demasiado ocupado organizando todo para dedicarle unos minutos. Pero durante las noches los recuerdos lo atormentan.

En su cabeza se repiten cada «te quiero», cada beso, cada abrazo, cada caricia despreocupada en el pelo mientras veían una serie, cada roce de manos en los entrenamientos... Los recuerdos le aceleran el corazón y le agitan la respiración, y se obliga a mantener el control para no despertar a Manuel. No puede permitirse abrirse y romperse aún más, no sabe si podría volver a cerrar todas las heridas si lo hiciera.

Tal vez por eso duerme todo el viaje a Los Ángeles; él, que siempre desesperaba a Nicolás porque no era capaz de dormir en los vuelos.

California lo recibe con calor, cielos despejados y con un Will de sonrisa radiante que lo abraza en cuanto cruza las puertas. Es consciente de que despiertan las miradas de varias personas, pero no le importa mucho. No va a esconderse. Así que palmea

la espalda de su amigo cuando se separan y se deja guiar hasta el aparcamiento.

—Esta noche te dejo descansar porque seguro que el viaje te ha dejado roto, pero mañana... Mañana, amigo, te voy a presentar a lo mejorcito de Los Ángeles. —Will se le acerca y baja el tono—. Y después te presentaré a lo peor —añade con una sonrisa ladeada y la mirada oscura.

—No sé si eso me gusta...

—Créeme, te encantará. Pero, si no es así, solo tienes que decírmelo y yo me encargo de buscarte otro entretenimiento. Confía en mí, Bast. —Will le guiña un ojo y abre la puerta del coche.

Will cumple su promesa. Lo lleva a restaurantes de moda donde solo encuentran a *celebrities* que harían que Manuel se volviera loco pidiendo fotos y autógrafos, luego acuden a alguna fiesta de algún productor, estrella de Hollywood o diseñador de moda y acaban la noche en otras reuniones mucho más privadas con hombres esculturales cuyos rostros reconoce por haber visto de extra en alguna serie o película y que siguen tan en el armario como Will o como el propio Sebastián.

Durante días se empapa de cuerpos fibrados y esculturales, de rostros bellísimos y pieles brillantes y doradas por el sol californiano. Se bebe las noches en gemidos y las madrugadas, en orgasmos que lo dejan lo suficientemente satisfecho para olvidar los pinchazos que siente en el pecho cada vez que un hombre le recuerda levemente a Nicolás.

Ha ido a Los Ángeles a eso. A perderse entre los brazos y las piernas de otros hombres, a besar otras bocas y otros cuerpos, a acostumbrarse a otros tactos y otros sabores, porque necesita olvidar los de Nicolás antes de enfrentarse a él cuando regrese a Barcelona. Ha viajado hasta California para poder despedirse del hombre que ama de la única manera que ha sabido hacerlo dadas las circunstancias.

CAPÍTULO 2

Para cuando regresa a Barcelona, tiene un nuevo entrenador con el que ha hablado en varias ocasiones y con el que ha tenido alguna reunión *online* junto al resto del equipo.

Lars Karlsson es un viejo conocido del circuito, entrenó a varios números uno década y media atrás, luego se casó por segunda vez y desapareció del mundillo profesional. Lleva desde entonces preparando a jóvenes promesas en su escuela ubicada en Valencia, pero siempre se ha desligado de los tenistas antes de que dieran el salto como profesionales.

No tiene muy claro qué le ha dicho Carlos para convencerlo de aceptar su propuesta, pero el caso es que ya forma parte de su equipo y a Sebastián le gusta la idea de trabajar con alguien acostumbrado a forjar a chavales que luego se convierten en ganadores de torneos e incluso de Grand Slam, pero que se mantiene al margen de las flores y los focos.

Desde luego, es mejor que los entrenadores que una vez fueron buenos y se acomodaron a su estatus y dejaron de pensar en lo mejor para su pupilo para preocuparse únicamente de alimentar su ego. Con Jimmy, ya tuvo bastante.

Manuel lo espera en un rincón, protegido por una columna para no llamar mucho la atención. Sebastián suspira aliviado

cuando su amigo lo estrecha con fuerza y, de repente, todo lo que dejó atrás vuelve a golpearlo con fuerza. Cierra los ojos y se refugia en el hombro de Manuel durante unos segundos.

—¿Estás bien, Sebas? —Manuel acaricia su espalda hasta que Sebastián asiente y se obliga a dejarlo ir.

—Sigo en la mierda. Pero estaré bien.

—¿California no ha sido lo que esperabas?

—Ha sido exactamente lo que necesitaba. No pretendía encontrar al amor de mi vida en esas fiestas, Manu. Solo pretendía olvidar un poco. Pero ha sido regresar y...

—Te llevo a casa y hablamos con calma. ¿Has sabido algo de él? —Manuel hace la pregunta cuando ya están cerca del coche.

—Lo bloqueé en WhatsApp y lo he silenciado en Twitter, Facebook, Instagram...

—Muy maduro por tu parte, Sebastián.

—Me dejó, Manu. —Cierra la puerta del coche con más fuerza de la que pretendía emplear—. Se largó sin darme una explicación. Tengo derecho a tener una pataleta. —Se pasa la mano por el pelo y luego se tapa los ojos con las palmas.

—Deberías intentar hablar con él.

—No. Nick sabía que, si quería romper conmigo, no iría detrás de él y decidió hacerlo así a propósito. No quiere hablar conmigo y yo... —Toma aire profundamente—. Yo no sé si estoy preparado para seguir enamorado de alguien que ya no me quiere.

—A ver, te estás precipitando. Os he visto juntos y, literalmente, no he visto a nadie más enamorado que vosotros. Es imposible que Nico haya dejado de quererte. —Manuel se incorpora a la carretera, no sin antes dedicarle una rápida mirada de reojo.

—Manu, se ha pirado. El motivo es lo de menos.

—No lo es cuando te tiene así. Necesitas pasar página.

—Pasaré página sin saberlo. Solo es cuestión de tiempo. —Lo dice en voz alta porque quiere convencer a Manuel, pero también a sí mismo.

—Eres fiel como un perro, Sebas.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que vas a tener que arrancártelo a puñetazos.

—Gracias por los ánimos.

—Soy tu mejor amigo, Sebas. Podría decirte que se te pasará en unas semanas, pero los dos sabemos que estaría mintiendo. Yo no te miento. Nunca. Solo quiero que tengas claro que está bien si te cuesta perdonarlo y olvidarlo. Estaré aquí cuando me necesites. Para llorar, para destrozarnos, para emborracharnos o para ver películas moñas. —Ese comentario consigue arrancarle una carcajada—. Y para hacerte reír. Siempre, Sebas.

—Gracias —responde después de unos segundos de silencio en los que asimila cada una de las palabras de su mejor amigo.

—¿Ya has decidido lo que vas a hacer cuando te lo encuentres en el club?

—Fingir que no ha pasado nada. —Observa el gesto contrariado de su amigo y continúa con la explicación—: Se supone que Nick y yo somos amigos; si de repente deja de ser mi entrenador y encima dejo de dirigirle la palabra en el club, la gente preguntará por qué. No se me ocurre ninguna explicación plausible que no incluya «llevábamos año y medio juntos porque soy gay y me ha dejado», así que lo saludaré como si no hubiera pasado nada.

—¿Estarás bien?

—Llevo años ocultando que soy gay, creo que puedo disimular.

Y eso es exactamente lo que hace una semana después cuando se cruza con Nicolás por primera vez en el club. Acaba de entrenar con Lars y está caminando hacia el vestuario cuando lo ve hablando con el padre de un chico que está empezando a despuntar en el circuito junior.

Nota cómo todo su cuerpo se tensa al verlo y se obliga a que no se le note. Sabe exactamente el momento en el que Nicolás lo ve porque se le eriza el vello de la nuca y un escalofrío le recorre la columna vertebral. Antes, esa sensación iba acompañada de mariposas en el estómago y unas ganas infinitas de besarlo.

Ahora, si las tiene, las esconde tan profundamente que no las encuentra. Ni las mariposas ni las ganas.

A Sebastián no se le escapa el gesto de sorpresa que pone Nicolás cuando le hace un gesto con la cabeza a modo de saludo y le grita que no sea muy duro con el chaval. Es solo un segundo, pero Sebastián tiene un máster con matrícula de honor en Nicolás Martín y conoce cada una de sus expresiones mejor que las suyas propias. Desvía la mirada antes de que su exnovio le devuelva el saludo, demasiado inseguro aún para enfrentarse a no volver a ver en sus ojos el amor que había antes.

Espera a que el agua de la ducha caiga sobre él para soltar la tensión con un sollozo, que se obliga a cortar inmediatamente porque ya ha llorado demasiado durante las madrugadas solitarias de Los Ángeles.

A Lars le gusta el plan de trabajo que Nicolás había planeado para esa temporada, así que hace algunas modificaciones que se acercan más a su forma de entrenar y entender el tenis y decide seguirlo, porque entiende que le vendrá bien, y Sebastián está de acuerdo. Nicolás lo conocía muy bien, a él y a su tenis, y sabía cómo sacar lo mejor de él en la competición.

El cambio de entrenador, gracias a eso, es menos brusco y su rendimiento no se ve perjudicado; otra cosa es cómo le afecta anímicamente, porque Sebastián echa de menos la complicidad, las risas, las promesas y los besos robados.

Pero se ha prometido que saldrá adelante. Manuel está en lo cierto. Es fuerte y puede enfrentarse a eso, aunque duela. No va a ponerlo todo en juego ahora, cuando tiene el número uno al alcance de la mano y ha empezado a ser uno de los favoritos en todas las competiciones.

Va a cumplir las reglas que aceptó el día que comenzó a jugar profesionalmente, aunque eso lo esté destrozando personalmente.

Lleva un par de semanas entrenando con Lars cuando Carlos aparece en el club. Sabe que va a tener una conversación incómoda con él en cuanto le ve la cara.

—¿Podemos hablar un momento? —Carlos saluda a Lars con una palmada en la espalda y espera a que Sebastián termine de golpear todas las bolas que ha metido en sus bolsillos para acercarse a saludarlo.

—Todo tuyo, ya hemos acabado. —Lars recoge sus cosas y se aleja, despidiéndose hasta la tarde.

—He recibido una llamada para saber si sigues queriendo a Nico como entrenador para la ATP Cup.

—Por supuesto. —Esperaba esa llamada, así que no le sorprende.

—¿Estás seguro?

—Sí. Independientemente de lo que haya pasado entre nosotros, Nick es un buen entrenador. Y se lo merece. El puto circuito le debe una disculpa por joderle la vida de esa forma. No voy a ser yo el que lo empeore.

—Vale. Les diré que cuenten con él. ¿La versión oficial sigue siendo que Nico tiene otros proyectos y has decidido probar con otro estilo?

—Es la que llevo usando desde que volví.

Carlos da media vuelta, dispuesto a irse, cuando Manuel aparece por el pasillo, andando con paso rápido y gesto nervioso.

—Me acaban de contar algo. —Carlos le hace un gesto para que continúe hablando—. ¿Sabéis quién es Esteban Blasco?

—De los mejores de la temporada pasada en el circuito juvenil. Ha jugado un par de torneos profesionales con *wild card*. Lo vi en Madrid el año pasado, es bueno. Llegará a ser uno de los mejores —responde, para sorpresa de Carlos, que lo mira con cara de sorprendido.

—Puede que ya no. —Manuel saca el móvil del bolsillo y se lo tiende—. Acaba de salir oficialmente del armario.

CAPÍTULO 3

Durante una semana no se habla de otra cosa en el club, al fin y al cabo, Blasco es miembro y entrena habitualmente allí. Sebastián sabe quiénes serán los socios que pongan el grito en el cielo, los que no dirán nada, pero lo mirarán de reojo al pasar y los que seguirán tratándolo con normalidad.

Los ha observado durante años en sus interacciones con Nicolás, intentando adivinar cómo sería su salida del armario. Cuando fichó a Nicolás, se permitió vengar el desprecio de algunos recordándoles que entrenaba al número uno español. Era su forma de reivindicarlo y reivindicarse por ser parte del problema que lo mantenía escondido y asustado para poder cumplir su sueño.

No se equivoca. Con ninguno.

Los escucha soltar su mierda mientras recorre los pasillos de camino a la pista o cuando vuelve al vestuario. Ve sus miradas de desprecio cuando ven pasar a Nicolás, como si su mera existencia hubiera sido un efecto llamada para Blasco y fuera culpa suya que otro tenista hubiera dado el paso.

Sebastián no sabe muy bien cómo sentirse. Por un lado, piensa que Blasco tiene mucho valor por dar el paso y le aplaude esa valentía. Por otro, siente rabia porque un chaval haya tenido las

pelotas que él no tiene y se niegue a esconderse y porque su gesto va a volver a ponerlos a todos en el punto de mira y Sebastián tiene demasiado que esconder.

Normalmente suele quedarse con el primer sentimiento. El de reconocimiento. Aunque le da pena que un chico tan joven tenga que lidiar con lo que Sebastián sabe que va a tener que afrontar. Los cuchicheos, las miradas de reojo o las protestas veladas del club son solo el principio.

Están en plena celebración navideña. Este año toca cena en casa de los padres de Manuel, así que es inevitable que el tema de Esteban Blasco salga en la conversación, al fin y al cabo, casi todos los comensales son habituales del club y su madre y la de su mejor amigo tienen una amplia red de informantes.

—Por cierto, con el jaleo de preparar la cena, se me había olvidado comentártelo. Me han dicho que Esteban estaba a punto de firmar con una gran marca deportiva y se han echado atrás. —Marta, la madre de Manuel, disfruta de los cotilleos tanto o más que Sandra.

—Sigo necesitando verlo en una pista porque por el nombre no le pongo cara. —Sandra se lleva el tenedor a la boca.

—Le dieron una *wild card* para Madrid la pasada temporada. Lo viste jugar contra un tenista marroquí de la escuela de Lars. Me dijiste que tenía una buena derecha, pero que era muy inseguro en la red —le aclara Sebastián, sabiendo que será suficiente para que su madre ubique a Blasco.

—Ahora sé quién es. Un chico castaño de media melena, ojos marrones y cara ovalada y pelusilla en la barbilla. Una buena derecha, un revés decente, no da por perdida ninguna bola, excepto cuando suponía acercarse a la red. Le costaba mucho subir y se le notaba demasiado incómodo cuando estaba arriba. Si pule algunas cosas, será bueno.

—Lo van a destrozar. Todos vimos lo que le hicieron a Nico en su momento. —Manolo consigue acelerarle el corazón a Sebastián con solo pronunciar ese nombre.

La familia de Manuel sabe que han roto; no saben los detalles, tampoco los saben sus padres, aunque imagina que su madre lo intuye. Era inevitable que el nombre de Nicolás saliera a relucir en ese tipo de conversaciones, sobre todo si están ajenos a lo que eso le provoca. Manuel, que lo conoce, lo mira de reojo y le da una palmada en el muslo.

—A mí lo que me sorprende es que Jurado siga entrenándolo. —Esta vez es Enrique el que interviene—. Todos sabemos que es muy amigo de Zamora y ese tipo se ha destapado como un auténtico gilipollas homófobo.

—¿Crees que va a dejarlo tirado? —Marta parece escandaliza ante esa idea.

—Lo veremos pronto —sentencia el padre de Sebastián.

—¿Por qué no cambiamos de tema? Es Nochebuena, chicos. Dejad el trabajo —corta su madre antes de lanzarle una mirada que Sebastián reconoce.

Vocaliza un «gracias» que su madre agradece con una sonrisa y se concentra en su plato.

Los primeros días de enero traen la noticia que todos esperaban: Jurado, el entrenador que había estado con Esteban Blasco desde que cogió una raqueta por primera vez, lo deja justo antes de comenzar la temporada. Todos saben el verdadero motivo y algunos le dan la enhorabuena en el club mientras otros, los menos, lo miran con cierto desprecio.

Una semana después, Manuel llama a la puerta de Sebastián con unas hamburguesas, helado y gesto contrariado.

—No se lo digas a Laura o me cortará las pelotas por incitarte a saltarte la dieta. Tu nutricionista es un poco nazi, que lo sepas.

—Laura no tiene por qué enterarse y aún no ha empezado la temporada. Además, estoy seguro de que mañana me lo harás bajar en el gimnasio.

—Dalo por hecho, amigo. —Manuel le da una palmada en el hombro y se adentra en su apartamento, caminando directamente hacia la cocina.

—¿Qué ha pasado?

—No sé de qué hablas...

—Manu, que nos conocemos. No te arriesgas a una bronca de Laura sin un buen motivo.

—Esteban Blasco tiene un nuevo entrenador.

Sebastián se sienta en el taburete y apoya los codos en la barra, donde sabe que van a cenar. No necesita escuchar a su amigo para saber quién es el nuevo entrenador. Lo sabe desde que le dijeron que Jurado lo había dejado tirado.

—Es Nick.

—¿Lo sabías?

—Lo imaginaba. Conozco a Nick, no dejaría a un chico que acaba de salir del armario sin entrenador con la temporada a punto de empezar. Es más, me atrevo a decir que va a cobrarle lo justo, si es que le cobra.

—¿Puede permitírselo?

—Le hemos pagado bien, ha trabajado desde que se retiró en el club y sé que recibió una buena indemnización por la lesión, pero no sabría decirte cómo de saneadas están sus cuentas. Jamás hablamos de eso. Pero tú también lo conoces.

—Lo entrenará gratis si es preciso, pero no va a dejarlo solo antes del inicio de temporada. Estuve investigando y parece ser que iba a dar el salto al circuito profesional este año y contaba con el apoyo de varios torneos importantes. No sé si se lo mantendrán ahora.

—Si no lo hacen, quedarán muy mal de cara a la opinión pública. De hecho, puede que alguno lo invite solo por la atención mediática, aunque en el fondo les joda tener a un gay en sus vestuarios. —Sebastián suspira y niega con la cabeza—. Por no hablar de que hay un sector de los tenistas que va a quejarse con Pávlov a la cabeza. Sigue siendo el número uno.

—Eso tiene una fácil solución, amigo. Quítaselo. —Manuel le guiña un ojo y saca las hamburguesas y las patatas de la bolsa.

—Mañana mismo se lo quito, gracioso.

—Hablo en serio. Esta va a ser tu temporada. Vas a ser número uno y yo voy a gozar la cara de gilipollas de Pávlov. Pero pagaría por verlo cuando salgas del armario y sepa que se lo quitó un gay. Le saldrá una úlcera.

—Falta mucho para eso, Manu.

—Le seguirá jodiendo como si fuera hoy. Esos gilipollas no cambian, Sebas.

—El día que salga del armario no será por joder a Pávlov.

—Lo sé, pero reconoce que es un plus. —Sebastián no puede evitar que se le escape una carcajada que hace sonreír a su mejor amigo—. Eso decía yo.

Cenan entre bromas, comentando la fiesta de Nochevieja que dejó a Miriam con una laguna considerable y sin saber cómo llegó a casa, teniendo en cuenta que su novio estaba en otra fiesta con sus amigos de toda la vida. Deciden dar cuenta del helado instalados en el sofá de su salón, más cómodos que en los taburetes de la cocina.

—Suéltalo —le espeta a Manuel en cuanto se lleva la primera cucharada de helado a la boca.

—¿Vas a estar bien cruzándote a Nico en los torneos?

—Lo veo en el club. No es muy diferente.

—No has respondido a la pregunta, Sebas.

—Sigo enamorado de Nick. Me duele verlo, pero me va a doler igual en el club, en Roma o en Melbourne. Entraba dentro de lo previsible. No puedo pedirle que deje de entrenar o que deje de dar clase. Solo puedo esperar olvidarlo.

—O que te enamores de otro.

—No si puedo evitarlo.

—¿Por qué dices eso?

—No voy a volver a pasar por lo mismo. Mientras no pueda ser yo y siga en un puto armario, enamorarme de alguien solo hará que acabe mal. Dejé que pasara con Nick, no volveré a cometer el mismo error.

—Hablas como si hubieras tenido otra opción, Sebas. Te recuerdo que era yo el que te escuchaba llorar porque creías que Nico

tenía novio y tú estabas enamorado de él hasta las trancas, aunque intentaste no estarlo. No funciona así, amigo.

—Lo tengo muy claro, por eso he dicho que si puedo evitarlo. Para empezar, tengo que olvidar a Nick.

—Ya que estamos... ¿Por qué narices lo llamas Nick ahora?

Sebastián toma aire y lo suelta lentamente.

—Nico es... —volver a pronunciar ese nombre hace que le duela el corazón— demasiado íntimo. Me trae demasiados recuerdos. Usar el nombre por el que se le conoce en el circuito lo hace más impersonal. Es como si hablara de otra persona. Es una tontería, lo sé.

Manuel niega con la cabeza y le dedica una sonrisa.

—Tiene sentido. Solo es que se me hace raro escucharlo. Vas a estar bien, Sebas. Lo sé. Eres fuerte y podrás con esto.

—Se nota que eres mi amigo. Primero, que seré número uno y, ahora, que olvidaré a Nick...

—Alguien tiene que mentirte. —Manuel suelta una carcajada.

—Imbécil.

CAPÍTULO 4

Se prepara mentalmente para el encuentro con Nicolás casi tanto como físicamente para la temporada. Aun así, cuando entra en la pista de entrenamiento y lo ve hablando con Samu, el corazón le da un triple salto mortal en el pecho y se le sube a la garganta intentando huir. Una cosa es verlo de lejos en el club; otra muy distinta, ponerse a sus órdenes para competir.

Deja la bolsa en el banco y saca la raqueta antes de armarse de valor para girarse y enfrentarse a las indicaciones que le dé Nicolás.

—Buenos días, Sebas. —Volver a oír su nombre en los labios de Nicolás le rompe el corazón un poco más.

—Buenos días —responde sin levantar la mirada, como si encontrara la empuñadura de su raqueta muy interesante.

—Calienta antes de ponerte a pelotear con Samu. No quiero que os lesionéis ninguno de los dos.

Asiente y se encamina hacia el otro lado de la pista, necesita poner espacio entre él y Nicolás.

Ese es su plan durante esa semana: esquivar la mirada de Nicolás, obedecer sus órdenes y atender a sus indicaciones, pero interactuar con él lo justo fuera de la pista. No necesita más presión

de la que ya tiene ni más cosas a las que darle vueltas cuando se queda solo en su habitación del hotel.

Nicolás parece entenderlo, porque la mayoría de las veces lo corrige desde un punto cerca de la red y no le afea que ni siquiera lo mire a la cara cuando le habla. Es una especie de pacto que han cerrado sin hablarlo, solo porque se conocen demasiado para necesitarlo.

Les va bien así. Nicolás entrena al equipo y Sebastián se echa la eliminatoria a la espalda y ejerce de número uno. Siempre han formado un buen equipo en la pista. Podrían haber llegado muy lejos si no se hubiera ido todo a la mierda antes de tiempo.

Llegan a semifinales sin muchos sobresaltos. Samu y Sebastián dominan los individuales, Juanca y Samu, los dobles. Son los favoritos para hacerse con una de las plazas de la final, con lo que nadie contaba era con una ola de calor que convierte la pista en una olla a presión.

A Sebastián no le preocupa demasiado, está acostumbrado al calor y la humedad, aunque lo odia desesperadamente si tiene que jugar; pero, teniendo en cuenta que compiten contra Serbia, cree que supone una ventaja.

Está muy equivocado.

A principios del segundo set, Sebastián empieza a notar los primeros calambres, así que le pide a Nicolás que le prepare la bebida con electrolitos que siempre lleva en la bolsa y lo entiende a la primera. En el siguiente descanso, su rival prácticamente no puede ni correr y pide asistencia médica.

—¿Cómo estás? —Nicolás se acuclilla frente a él en cuanto se sienta en el banco.

—Tengo calambres.

—¿Pido al fisio para ti también? —Nicolás observa sus muslos y a Sebastián se le atasca el aliento en la garganta.

No sabe cómo puede reaccionar si Nicolás le toca de nuevo; hasta el momento, se las han apañado para no tocarse más que accidentalmente. No cree estar preparado para volver a notar sus dedos sobre su piel.

—Creo que puedo aguantar un poco más.

—No te fuerces. ¿Puedo? —Nicolás pone las manos sobre sus muslos, pero sin llegar a tocarlos, y no lo mira cuando hace la pregunta.

—Claro. —La voz le sale estrangulada y un poco aguda.

Sebastián sabe que Nicolás hizo un curso de fisioterapia deportiva. En más de una ocasión lo ayudó mientras fue su entrenador, así que no teme que empeore la situación. Al menos, no la de sus calambres.

Gruñe cuando los dedos de Nicolás se clavan en sus músculos, cierra los ojos y se cubre la cara con la toalla. No necesita la tentación de mirarlo mientras le trata.

—Hidrátate, Sebas.

Regresa a la pista cuando el juez les anuncia que ha acabado el tiempo y no puede evitar seguir sintiendo la calidez de las palmas de Nicolás sobre su piel. Se obliga a centrarse, no puede permitirse perder más tiempo en esa pista del necesario, tiene más eliminatorias que disputar, así que ignora los calambres y corre para llegar a las bolas, aprovechando que su rival sigue tocado físicamente.

Apenas es capaz de llegar al vestuario por su propio pie y, en cuanto lo hace, se deja caer en uno de los bancos y estira las piernas, intentando evitar la tensión de los músculos. Unos minutos después, Nicolás entra guardándose el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón.

—Habrás un fisio esperando en el hotel. Le he pedido a la organización que la rueda de prensa sea corta, así que serán solo un par de preguntas. Te sacaré si veo que tienen intención de seguir, me importa una mierda ser el malo. —Nicolás se detiene frente a Sebastián, lo observa con el ceño fruncido y se acuclilla entre sus piernas—. ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo más? —Nicolás hace la pregunta al mismo tiempo que saca bebidas isotónicas de su bolsa y las deja a su lado sobre el banco.

—Solo necesito llegar a la ducha y descansar.

En cuanto llega al hotel, se pone en manos del fisio que ha enviado Nicolás. No recuerda haber necesitado una sesión tan desesperadamente como ese día. Y solo pensar que todavía hay más competición por delante en los próximos días le genera un poco de ansiedad.

—No vas a hacer nada hasta que estés recuperado. Y, cuando digo nada, digo que no te vas a levantar de la cama nada más que para ir al baño. Esta noche cenas en la habitación y, dependiendo de cómo te despiertes mañana, vamos viendo. —Nicolás no aparta la mirada del fisio mientras coloca la camilla y organiza sus cosas.

—Estoy bien.

—Una mierda estás bien. Te he entrenado durante dos años y no te he visto jamás como hoy.

—Ya no eres mi entrenador, no es tu responsabilidad...

—Vete a la mierda, Sebastián. No seré el responsable de que te rompas antes de empezar la temporada. Si te has acojonado porque tienes posibilidades reales de ser el próximo número uno, búscate otra excusa para joderlo.

—Yo no soy de los que salen corriendo cuando las cosas se complican.

Nicolás desvía la mirada y se sonroja levemente.

—Deberías haber pedido que cambiaran de capitán si no ibas a aceptar mis órdenes.

—No he discutido ninguna orden.

—Lo estás haciendo ahora.

—Porque te estás comportando como mi entrenador, no como mi capitán.

Nicolás abre la boca para decir algo, luego se muerde el labio con fuerza y niega con la cabeza.

—Necesito contar con el número uno del equipo y ahora mismo no podrías competir en la próxima eliminatoria.

—Estaré bien para entonces.

—Más te vale que, si no lo estás, sea porque tu cuerpo no se ha recuperado y no porque has decidido llevarme la contraria.

—Nicolás sale de la habitación después de darle algunas indicaciones al fisio, que asiente y sonrío.

—Como si te importara una mierda, Nick... —masculla mientras se desviste y se tumba sobre la camilla.

Odia que enfrentarse a Nicolás le afecte de esa manera. No debería. Lleva semanas preparándose mentalmente para coincidir con él, para verlo y hablarle como si no le doliera cada maldita célula de su cuerpo. Pero ha bastado una conversación para demostrarle que no va a ser tan fácil sacarse a Nicolás de la cabeza ni del corazón.

A pesar de no querer darle la razón, Sebastián obedece y cena en la habitación; tampoco es que le apetezca hacerlo en el comedor con Nicolás enfrente. Manuel, que sabe leerle como nadie, sube a hacerle compañía después con un postre que ha colado sin que lo vieran.

—Nico me corta las pelotas si se entera de que te estoy trayendo comida de contrabando —bromea, metiendo la cuchara en la ración de tarta que ha subido para los dos.

—Está demasiado ocupado fingiendo que le importa algo lo que me pase.

—No creo que lo esté fingiendo. —Sebastián mira a su mejor amigo como si no estuviese creyéndose lo que dice—. A ver, Sebas, está claro que la cagó en la forma que hizo las cosas, pero ese tío estuvo muy enamorado de ti y lo conocemos, no me creo que lo esté fingiendo. Su interés es real.

—Demasiado tarde. Ahora no me importa.

—Una mierda no te importa, Sebas. Estás así de quemado porque sigues enamorado hasta las trancas de Nico. Entiendo que estés enfadado con él, de verdad, fue muy feo lo que hizo, pero ahora mismo la situación es la que es y lo mejor que puedes hacer es acostumbrarte a que Nico va a seguir cerca, ahora con más motivo si va a entrenar a Blasco.

—Odio que tengas razón.

—Calla y come por si al capitán se le ocurre venir a comprobar cómo vas.

Le da un empujón a Manuel con el hombro, pero le hace caso y se termina la tarta.

Una noche de descanso y otra sesión con el fisio y Sebastián está dispuesto a continuar con la competición. Por suerte para todos, las condiciones climatológicas mejoran y el resto de las eliminatorias son más fáciles para todos los miembros del equipo. Nicolás está contento y celebra cada victoria con los tenistas, y Sebastián teme cada final de partido porque no está preparado para las muestras de alegría de Nicolás. Su cuerpo se tensa en cuanto lo ve, preparándose para un abrazo que lo agota emocionalmente porque no se ve capaz de dejar de sentirlo como lo sentía antes de que todo se acabara y le duele el alma que sea tan diferente.

Así que, cuando Samu y Juanca consiguen el segundo punto para España en la final y todos saltan a la pista para celebrarlo, Sebastián se pone tenso en cuanto siente la mano de Nicolás en su espalda, empujándolo contra el resto para poder abrazarlos mejor a todos.

La fiesta posterior es mucho más relajada. Se mantiene lo más alejado posible de Nicolás para evitar las habituales muestras de alegría y las consiguientes palmadas en la espalda que no está preparado para recibir. Todo está bien hasta que se acerca a la barra para pedir otra ronda para todos y el camarero se acerca más de lo que es apropiado mientras lo desnuda con la mirada y se lame los labios de forma lasciva.

Esa atención le hubiera parecido excitante antes, en ese momento le hace sentir expuesto y vulnerable. Finge no darse cuenta de las insinuaciones y deja el número de teléfono que el chico le tiende con su bebida sobre la barra para que quede claro que no le interesa antes de volver a su mesa. Pero las miradas no cesan y Sebastián cada vez está más incómodo hasta que empieza a notar una presión en el pecho, así que se disculpa diciendo que está cansado y se va, dejando al resto del equipo en el bar del hotel.

Se apoya en la puerta y respira hondo cuando por fin se siente a salvo en su habitación, pero no le da tiempo a quitarse esa

incomodidad de encima, porque alguien golpea la madera con los nudillos. Sebastián no sabe qué esperaba, desde luego, no a Nicolás al otro lado, con esa cara de preocupación que ahora solo le hace más daño.

—No tenías que marcharte. Yo me retiro ya, así que puedes bajar y seguir con la celebración.

—No me he ido porque estuvieras tú. —No miente, aunque Nicolás tampoco se equivoca.

—No soy imbécil. Noto cómo te tensas cuando te toco o que ahora solo me llamas Nick.

—¿Cómo se supone que debería llamarte?

—Como lo has hecho siempre, Sebas. —Lo observa durante un segundo: es el mismo rostro que sigue amando con desesperación, pero detrás ahora hay alguien que Sebastián no conoce.

—No me sale llamarte Nico. Ese nombre va asociado a demasiadas cosas buenas que ya no existen. De hecho, puedes empezar a llamarme Bast. Sebas es solo para la gente que me quiere. —Cierra la puerta de la habitación antes de que Nicolás pueda responder y antes de que le dé tiempo a descifrar su gesto.

Se tumba en la cama y cierra los ojos, intentando acallar las voces de su cabeza. Esas que le gritan que ha perdido al hombre que ama porque no podía salir del armario, sin embargo, un camarero ha sabido ver lo que esconde. Lleva años intentando ocultar quién es, sacrificándose, y todo puede volar por los aires si alguien lo descubre y lo hace público.

Todo su sufrimiento, todo su sacrificio y el de su familia y amigos habría sido en balde si se hace público antes de que haya conseguido el número uno. Solo ha ganado dos Roland Garros, se supone que debería tener una larga y fructífera carrera, y se va a ir a la mierda justo cuando está a punto de conseguirlo. No puede permitírselo.

Empieza a respirar de forma superficial y rápida, y el corazón se le acelera hasta que le duele el pecho. Busca el teléfono en el bolsillo de su pantalón y le manda un mensaje a Manuel:

«Siento molestar, pero necesito que subas a mi habitación. Es importante».

Cinco minutos después alguien llama a la puerta, y Sebastián no tiene dudas de quién es. Se sujeta la cabeza mientras camina para abrir y cierra los ojos cuando la luz del pasillo invade su habitación.

—¿Qué te pasa? Parece que estás a punto de vomitar. —Manuel lo hace a un lado y entra en la habitación, cerrando la puerta tras él—. ¿Quieres que llame al médico?

—No, solo necesito dejar de pensar. Cuéntame cosas.

—¿Ansiedad? ¿Qué ha pasado? He visto que Nico ha subido poco después de que te fueras. ¿Te ha dicho algo?

—¿Se me nota? Quiero la verdad.

—¿El qué tiene que notársete?

—Que soy gay.

—¿A qué viene eso, Sebas?

—No puede notárseme, Manu. Si alguien lo descubre... Todo por lo que llevo trabajando desde que era un niño se irá a la mierda.

—¿A qué viene esto, Sebas?

—El camarero se ha pasado toda la noche ligando conmigo.

—¿El chico mulato de ojos azules? —Asiente, aunque el gesto le provoca un latigazo de dolor que lo obliga a cerrar los ojos—. Joder, Sebas, me ha tirado la caña hasta a mí.

—No bromees con eso, Manu.

—No lo hago. De verdad. Y a Samu. Creo que lo ha hecho con todos menos con Nico, lo que no deja de ser curioso, porque es el único abiertamente gay. Deberías dejar de obsesionarte con eso, amigo.

—Lo he perdido todo por seguir en el armario. No puedo cargarla ahora.

—No es cierto. Nosotros seguimos aquí.

Suspira y apoya la frente en el pecho de Manuel.

—He hablado con Nick. Quería saber por qué no le llamo Nico.

—¿Qué le has dicho?

—Desde luego, no le he dicho que porque duele como el infierno, aunque sea el motivo.

—Estarás bien. —El móvil de Manuel suena en ese momento con una notificación—. Es Nico, quiere saber si te encuentras mal y si es por algo que él ha dicho.

Observa a su amigo teclear en el móvil con la mirada achinada, como si quisiera fulminarlo con ella. Unos segundos después, le muestra la pantalla para que pueda leer la respuesta:

«Solo es malestar y cansancio. Sin ánimo de ofender, ya no eres el centro de su universo».

Asiente y espera a que su amigo se lo guarde antes de volver a tumbarse y dejar que Manuel lo abrace para calmarlo.

CAPÍTULO 5

No vuelve a coincidir con Nicolás hasta el Conde de Godó. Sabe que Esteban participó en Montecarlo, pero lo eliminaron en segunda ronda y no se cruzó ni con él ni con su entrenador en esos pocos días. Lo agradece porque, aunque es incapaz de quitarse a su exnovio de la cabeza, no verlo le da un respiro para concentrarse en su juego y en la competición.

El Open de Australia y la gira americana le han permitido conocer un poco mejor a su nuevo entrenador. Lars es un hombre afable, amable y cariñoso, pero también recto, estricto y firme. Fue jugador de tenis en su juventud; como individual no tuvo mucho éxito, pero llegó a ser número uno del *ranking* de dobles y después ha entrenado a varios jugadores que han ganado Grand Slam y han subido a los primeros puestos de la lista.

A Sebastián le viene bien que alguien lo centre y no le permita pensar en nada que no sea el tenis cuando están entrenando. Lars no tiene ningún reparo en ponerlo a servir hasta que es capaz de meter todas las bolas en la línea y luego le da una palmadita en la espalda como un padre orgulloso y le dice que se merece un descanso y que tiene mucho talento.

Le cae bien y, aunque obviamente no espera que su relación con él sea mínimamente parecida a la que tenía con Nicolás antes de que también fueran pareja, tiene la sensación de que es una de esas personas que han llegado a su vida para quedarse.

Para cuando empieza la temporada de tierra, Sebastián ya es capaz de leer a Lars como si fuera un libro abierto. Le basta una mirada desde la grada para saber si está enfadado o contento y un gesto de la mano para entender en qué golpes tiene que insistir contra su rival.

Conoce las pistas de Barcelona como si fueran la de su casa, está acostumbrando al clima y tiene un buen cuadro por delante, así que no le sorprende ser el favorito para hacerse con el torneo, aunque ese título no le guste nada. Bastante presión se mete él solo sin necesidad de que todo el mundo dé por sentado que ganará el trofeo.

Lo que nadie espera es que Esteban avance en el cuadro, incluso venciendo a Pávlov en cuartos de final en un partido prácticamente impecable y en el que Sebastián ve la influencia de Nicolás en el juego de ese chaval que la temporada anterior era todo físico y poca técnica.

—¿Todo bien? ¿Preparado para las semifinales de mañana? — Manuel entra en su casa con bolsas de su restaurante favorito.

—Llevo media tarde tumbado en el sofá viendo partidos de Esteban. Ha mejorado mucho.

—Puedes con él. Aunque Nico ha hecho un buen trabajo en poco tiempo.

—¿Te imaginas que me elimina mañana? Sería el broche ideal para la historia de cómo Nicolás Martín se cargó todo lo que era importante para mí.

—No digas tonterías. Eres mucho mejor que Esteban. Él lo sabe y tú también.

—Se supone que Pávlov también es mejor y mira, de camino a Madrid.

—Pávlov es un arrogante que lo menospreció y al que no le gusta la tierra batida. Tú no eres tan gilipollas. ¿Estás preparado para tenerlo enfrente durante los descansos?

—Lars estará enfrente. Iba a venir también su mujer, pero ayer empezó a encontrarse mal y prefieren que se quede en Valencia.

Está claro que Esteban ha mejorado mucho su tenis, pero Sebastián sigue teniendo más experiencia y tiene algo que su rival no ha desarrollado aún: una visión de juego increíble que le permite adelantarse a los golpes de Esteban. Siempre lo ha tenido, pero con Nicolás lo perfeccionó porque él es el mejor en eso. Lo ha sido y lo seguirá siendo.

Le cuesta más de lo normal centrarse en su palco, en su familia y en su equipo porque a unos pocos metros está Nicolás, dándole a su rival las mismas órdenes que la temporada anterior le daba a él. Y lo echa tanto de menos que le duele la boca del estómago.

Felicita a Esteban cuando acaba el partido y le desea suerte en próximas competiciones antes de celebrar la victoria con su público. Mientras gira sobre sí mismo para saludar, no puede dejar de ver a Nicolás de pie aplaudiéndolo y siente un pellizco en el corazón.

Morelli es su rival en la final. Lo conoce muy bien, pero, a pesar de ello, Lars y Sebastián dedican un par de horas a ver varios vídeos y analizar sus puntos flacos para preparar la estrategia. Su entrenador es bueno en eso, conoce a la mayoría de los tenistas del circuito y cuáles son sus debilidades.

Llevan jugados siete juegos del primer set, va ganando y se siente cómodo en la pista. Tiene buenas sensaciones, confía en sí mismo y en su juego y aspira a demostrarlo sobre la tierra batida. Hace calor, así que, cuando se sienta en su banco, aprovecha para secarse el sudor con la toalla y entonces todo su cuerpo se tensa. Levanta levemente la mirada y los ve: Nicolás, cogido de la mano de otro hombre, sentándose en las gradas.

Los ojos de Sebastián se quedan enganchados a esos dedos entrelazados y tiene ganas de gritar, de llorar y de pegarle a alguien, pero sabe que no puede hacerlo, así que usa la toalla para taparse la cara y poder gruñir su frustración ahogando su dolor en la tela.

Nota la rabia haciéndose bola en lo más profundo de sus entrañas y subiéndole hasta la garganta.

Cuando el juez de silla les advierte de que el descanso ha finalizado, Sebastián vuelve a la pista como si saltase a un *ring*. Quiere pelear, quiere sangre y juega con rabia, tirando de físico y de potencia, disparando reveses, acuchillando derechas y fusilando servicios que dejan al italiano sin saber cómo responder ante un cambio de juego tan brusco e inesperado.

Nunca ha tenido tan pocas ganas de celebrar una victoria o un título. Sebastián solo quiere irse a casa, tumbarse en la cama y hacerse un ovillo para poder llorar. Desde luego, no le apetece reír y fingir que tiene algún interés en la ceremonia o las costumbres típicas que acompañan el Godó. Pero acepta todo porque no quiere responder preguntas, aunque su gente intuye qué le está pasando por la cabeza y por el corazón. Desde luego, Manuel lo sabe, y no pierde la oportunidad de acercarse y darle una palmadita en la espalda para animarlo.

Necesita quedarse a solas con su mejor amigo para poder desahogarse, pero esa conversación tiene que esperar porque su equipo y su familia han organizado una cena para festejar su victoria. Así que no es hasta la madrugada que por fin cierra la puerta de su casa y suelta el aire que lleva conteniendo desde que vio a Nicolás buscar su asiento en las gradas cogido de la mano de otro hombre.

—¿Lo has visto? —le pregunta a su mejor amigo en cuanto consigue respirar con normalidad mientras contiene las lágrimas.

—Sí. ¿Cómo estás?

—He recibido pelotazos en el pecho que me han dolido menos de lo que me ha dolido verlo cogido de la mano de otro. Soy muy consciente de que es algo que yo no he podido darle en ese año y medio que estuvimos juntos, pero me parece muy cruel que se haya presentado precisamente así en la pista.

—Sebas, entiendo que te duela, pero conozco a Nico. Jamás haría eso para hacerte daño.

—¿Como tampoco me dejaría sin explicarme el motivo?

—*Touché*. No sé qué pasó entonces, Sebas, pero dudo mucho que lo haya hecho para hacerte daño. Joder, es que no entiendo ni cómo lo has visto; normalmente no te fijas en las gradas en los descansos, solo controlas tu palco.

—Si te digo lo que he pensado, me llamas patético, y con motivos.

—Adelante —lo reta su amigo.

—Que aún lo puto siento cuando está cerca, Manu. Es como si tuviera un radar que me marcara en todo momento dónde está cuando está a determinada distancia de mí.

—No te voy a llamar patético, pero estás jodido, amigo.

Permanece en silencio unos segundos, pensando en las últimas palabras de Manuel. No puede quitarle la razón. Sabe que está jodido desde que vio que Nicolás se había llevado sus cosas y se había ido sin decir nada porque se dio cuenta que, por mucho que se había convencido a sí mismo de que estaba preparado para que lo suyo terminara en cualquier momento, era mentira. Ama a ese hombre más de lo que se permite reconocer incluso seis meses después de aquella ruptura y nada de lo que ha hecho para intentar olvidarlo ha servido de mucho.

Ni siquiera es consciente de que está hiperventilando hasta que Manuel no se arrodilla a su lado y comienza a acariciarle la espalda mientras le susurra que respire hondo y lo mire.

Cuando lo hace, todo se descontrola. La rabia que ha sentido durante parte de la noche da paso a un miedo irracional, miedo a que eso no acabe nunca, a que esa soledad y esa tristeza sea lo que lo espere. Pánico a que el tenis lo absorba todo y no deje espacio para nada más.

El corazón se le acelera bruscamente y empieza a marearse, le tiemblan las manos y está sudando. Se lleva la mano al pecho y cree que siente el golpeteo acelerado del corazón contra su palma y el peso que lleva a sus espaldas desde hace meses, que normalmente es ligero, le supone una carga que no es capaz de llevar. Tira de la camiseta como si la tela cerca de su cuello le

impidiese respirar y gruñe frustrado porque no es capaz de llenar sus pulmones.

—Joder... Voy a llamar al médico. —Manuel saca su teléfono del bolsillo, pero Sebastián le impide que busque el número.

—Estoy bien —consigue gruñir.

—Una mierda estás bien, Sebas. Tienes un puto ataque de ansiedad, haz el favor de dejar que me encargue.

Escucha la voz de Manuel lejana, como si estuviera en otra habitación a pesar de estar a su lado, y tiene la sensación de estar viviéndolo desde la distancia, como si no estuviera sentado en ese sofá con la mano de su amigo en la rodilla. Es un espectador de lo que le está pasando, y eso le genera más ansiedad, porque no puede perder el control o todo se irá a la mierda.

El resto de la noche está como en una nebulosa: la llegada del doctor, sus preguntas, las respuestas, la pastilla, el vaso de agua. Está ahí, lo recuerda, pero no está claro. No sabría decir qué fue primero y qué después, todo se mezcla y se retuerce hasta que Sebastián no es capaz de entender nada y solo quiere dormir y olvidarse de todo.

Solo quiere descansar y que deje de doler.

Cuando despierta, el sol llena la habitación y escucha las voces de Manuel y su madre en la planta baja. Está aturdido y un poco confuso, así que sacude la cabeza antes de atreverse a salir de la cama. Envía un mensaje y baja las escaleras con una mano apoyada en la pared por si las piernas le fallan y se detiene frente a la puerta de la cocina.

—Buenos días, bello durmiente. —Su madre se pone en pie y se acerca a besar su frente.

Si no la conociera tan bien, pensaría que es por el mero hecho de darle los buenos días y no para comprobar si tiene fiebre, pero Sebastián la conoce casi tan bien como ella presume de entenderlo a él.

—¿Cómo estás? —Manuel, aún sentado en su taburete, parece observar cada gesto.

—Mejor, pero me vendría genial un café. Estoy un poco aturdido.

—Eso es por el calmante que te dio ayer el médico. Siéntate, cariño, yo me encargo.

Camina arrastrando los pies hasta la isla y se sube al taburete que hay junto a su amigo, observando cómo su madre sirve un café en una taza y enciende la tostadora.

—Ayer me diste un susto de cojones, Sebas.

—Lo siento.

—No te lo digo para que te disculpes. Te lo digo para que lo tengas en cuenta a la hora de buscar ayuda.

—Ya le he pedido cita a mi psicóloga. —Deja el teléfono sobre la mesa y desbloquea la pantalla para comprobar los mensajes—. Dice que me atenderá a última hora.

—Genial, yo te llevo. —Su madre deja la taza frente a él y pone las tostadas en un plato.

—Puedo ir solo.

—Lo sé, pero quiero ir contigo. Pensaba que lo estabas llevando mejor de lo que realmente lo estás haciendo y es culpa mía no haberme dado cuenta antes de que...

—No es culpa tuya, mamá. Estoy demasiado acostumbrado a esconder lo que siento para...

—A mí nunca me has tenido que esconder nada. Pero ya hablaremos de eso en otro momento. Ahora lo importante es que te sientas bien.

Escucha gruñir a Manuel mientras lee algo en su teléfono y se gira para mirarlo; tiene el ceño fruncido, los labios apretados y las mejillas pálidas.

—¿Qué pasa?

—Los del club son unos putos cotillas. Es un mensaje de Nico preguntando si Sebas está bien porque se ha enterado al ir a entrenar de que ayer vino el médico.

—Yo me encargo. —Su madre saca el teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros y teclea durante un par de minutos—. Todo listo.

—Sandra, perdona que te lo diga, pero tú y mi madre dais mucho miedo.

—Gracias, cariño —responde su madre, guiñándole un ojo a Manuel—. Y ahora, desayuna. —Sandra empuja suavemente el plato hacia Sebastián—. No me apetece tener que llevarte a urgencias porque no me comes nada.

Cuando su padre llega media hora más tarde con los periódicos, Sebastián comienza a agobiarse. No le gusta que todos estén pendientes de él y mucho menos por algo así.

—Gracias por venir, pero prefiero descansar un rato —dice, intentando ser diplomático, aunque su madre lo fusila con la mirada.

—¿Nos están echando?

—Mamá, por favor... No soy un niño y teneros aquí me resulta incómodo.

—Solo queremos asegurarnos de que estás bien. Anoche nos diste un buen susto, hijo. —El tono de su padre es serio y preocupado.

—Lo sé y os agradezco que hayáis venido a cuidarme, pero necesito un poco de espacio. Si estáis pendientes de mí, me agobio, y es lo último que necesito precisamente ahora.

Su madre lo mira fijamente durante unos segundos, luego lo sujeta por la mandíbula, haciendo que Sebastián se encorve para ponerse a su altura, y le deja un beso en la mejilla mientras le peina con los dedos de la otra mano.

—Si necesitas hablar, llámame. A cualquier hora. Vendré esta tarde a recogerte para ir a la psicóloga. —Su madre le chista antes de que proteste—. No es negociable, Sebastián.

—Vale, mamá —se resigna, sabiendo que su madre solo está preocupada y quiere asegurarse de que recibe la ayuda que necesita.

—Manu, si necesitáis algo, llámame. Estaré aquí en diez minutos —pide su padre antes de abandonar la casa.

Se deja caer en el sofá y suspira mientras su amigo rescata un par de botellas de agua de la nevera. Unos segundos después, siente a Manuel acomodarse a su lado.

—¿Quieres saber qué le he contestado a Nico? —Asiente, aunque no está muy seguro—. Le he dicho que te sentó mal algo de la cena. Va a ser la versión oficial. Nadie sabrá que fue un ataque de ansiedad. —Lo escucha tomar aire profundamente y soltarlo despacio—. Me ha respondido que te dé la enhorabuena y me recuerda que solo te gusta el Aquarius de naranja.

Se le escapa un bufido. Su exnovio, que tiene nueva pareja, no debería acordarse de qué bebidas le gustan.

Manuel le pone la mano en la pierna y lo acaricia para calmarlo.

—También ha sido tu amigo, Sebas. Yo sé que no soportas la textura de los guisantes y te los comes sin masticar o que prefieres las zanahorias crudas a cocidas porque te da grima morderlas y que estén blanditas.

Se ríe porque todo lo que dice Manuel es verdad y le ha valido más de una bronca de su madre por negarse a comer según qué cosas, y asiente, tranquilizando a su mejor amigo.

—Deberías estar trabajando y no aquí cuidándome.

—Estoy exactamente donde tengo que estar, Sebas. Mi padre se ha encargado de mis sesiones privadas hoy y en el gimnasio cualquiera puede sustituirme.

No se molesta en seguir protestando, sabe que nada ni nadie movería a Manuel de su lado en esas circunstancias, así que se limita a asentir e intenta dormir un poco.

